

RECEPCIÓN DEL PROFESOR SIR ALEXANDER FLEMING COMO ACADÉMICO DE HONOR

En la fecha memorable del 3 de mayo de 1948, se celebró en la Real Academia de Medicina de Barcelona, la recepción del ilustre Profesor SIR ALEXANDER FLEMING. El acto, solemnisimo y emotivo, cuyo desarrollo nos cabe el honor de publicar íntegramente, fué iniciado por el Presidente accidental, doctor Corominas Pedemonte, con las siguientes palabras:

SEÑORES: Jamás, en su larga historia, de cerca de doscientos años, esas piedras que se levantaron a impulsos del médico catalán Pedro Virgili, arquiatra de Carlos III, para cobijar al Colegio Mayor de Cirujanos de los reales ejércitos; de la Real Academia de Medicina de Barcelona, nacida también en el último tercio del siglo XVIII, acogieron en su recinto a un sabio cuyos descubrimientos hayan aportado a la Humanidad doliente tantos beneficios como los del honorable Sir ALEXANDER FLEMING, que hoy nos concede el elevado honor de ocupar esta tribuna.

Si el fin primordial de la Medicina es sanar a los enfermos, asombra pensar en el atraso en que vivió, en este aspecto, otra rama de la Ciencia que con razón hasta hace poco se calificaba de arte. Puede decirse que hasta el siglo XIX la terapéutica medicamentosa era nula; quizá, sólo podría salvarse de este reproche el tratamiento de las fiebres palúdicas dado a conocer al mundo por España en el siglo XVII.

Y ha de ser un modesto médico rural inglés, JENNER, quien, no por trabajos experimentales de laboratorio, entonces inexistentes, sino por intuición genial hija de una observación sagaz, inocula por primera vez al hombre la enfermedad de las vacas conocida con el nombre de *Cow Pox* para librar de la viruela a la especie humana; descubrimiento de cuyo valor difícilmente podemos darnos cuenta hoy, pero que lo fué inmenso a fines del siglo XVIII, cuando aquella terrible enfermedad segaba a menudo la vida de millares de seres humanos. España fué una de las primeras naciones del Continente europeo que acogió favorablemente el descubrimiento del médico inglés, y Godoy, Príncipe de la Paz, favorito de Carlos IV, declaró antes que ninguno la vacuna obligatoria, y destacó al cirujano Balmes para que la propagara por las Islas Canarias, América y Filipinas, que así sabía España enseñar al mundo la manera de conquistar el amor de los pueblos que unía a su Corona.

Había de llegar el último tercio del siglo XIX, para que PASTEUR haga su sensacional descubrimiento de la vida microbiana, que tantos sinsabores había de costarle, y con el cual alumbró todo lo incógnito de la patología; y es otro inglés, LISTER, el primero en aceptar las teorías pasteurianas y crea la cirugía antiséptica, que introduce en España el que fué preclaro miembro de esta Academia, SALVADOR CARDENAL.

Pero el descubrimiento del origen microbiano de las enfermedades no le acompañó, como podía esperarse, el de su tratamiento, y ha de llegarse hasta el año 95 del siglo pasado para que BERING y ROUX crearan el suero antidiftérico, que yugula esta enfermedad. Mas las esperanzas que para la terapéutica en general se forjaron a raíz del nuevo descubrimiento quedaron fallidas. Ningún otro suero es realmente y totalmente curativo.

Y así se llega al siglo actual, en que EHRLICH, al amparo de su teoría de las cadenas laterales, logra dominar ya un grupo mayor de enfermedades, sobre todo espiriliosas y tropicales.

A pesar de ello, quedaban todavía infinidad de afecciones, algunas de ellas gravísimas y aun mortales, y todas frecuentes, para las cuales se carecía de tratamiento adecuado. En 1936-36, el alemán DOMACK hace público su sensacional descubrimiento de las sulfamidas, cuyos portentosos efectos contra las infecciones cóccicas habrán de recibir su definitiva confirmación en el tratamiento de las heridas de guerra de nuestra salvadora Cruzada de Liberación.

Pocos años después, en las postrimerías de la guerra mundial, como si la Divina Providencia quisiera, en una y otra ocasión, FLEMING y FLOREY asombran al mundo entero con el lanzamiento de la penicilina, superior a la sulfamida, por su mayor eficacia y menor toxicidad. Ninguna droga, ninguna vacuna, ningún suero procuraron jamás tanto bien a la Humanidad. Infinitas son las vidas que ha salvado de una manera cierta, algunas en un espacio de tiempo tan breve, que sus efectos parecen obra de milagro. Se ha dicho, y es absolutamente cierto, que el número de enfermos que la penicilina ha arrebatado a la muerte, supera al de víctimas de la Gran Guerra. Y su obra benéfica se extenderá. Imaginad lo que esto significa. Y de cuánta gratitud, fervorosamente demostrada por el pueblo de Barcelona, se ha hecho acreedor este hombre sabio, que hoy nos comunicará un poco de su iluminada sabiduría refiriéndonos la historia de su descubrimiento.



El Presidente de la Real Academia, pronunciando el discurso de apertura

No es una utopía pensar que si, por efecto de la penicilina o de otros preparados que de ella se deriven, se logre abreviar la duración de las enfermedades, se evitarán muchos de los procesos crónicos que hacen corta la vida del hombre, y éste podrá alcanzar, en un futuro no muy lejano, aquella longevidad con que el Señor quiso adornar la vida de los patriarcas de los tiempos bíblicos. ¡Que así sea... y que todos la veamos!

* * *

A continuación, el Prof. Sir Alexander Fleming pronunció la siguiente conferencia, en inglés, que inmediatamente fué leída en español por el Académico Numerario doctor Luis Trias de Bes: